

Una Promesa Maravillosa en Tiempos Oscuros

Pr. A. H. Verhoef

Lectura Bíblica: Jeremias 39 (SBT)

Salterios: 92:1

248:1,4

La Ley – 431:4

238:1-3

71:1,2

71:4,5

Doxología

Querida congregación,

En el primer libro de Samuel, leemos que *‘el alma de Jonatán quedó ligada con el alma de David, y lo amó Jonatán como a su propia alma’*. (1 Sam. 18:1) ¿Cuándo ocurrió esto? Fue justo después de que David, con una honda y una piedra, derrotó al gigante Goliat. A continuación, tuvo lugar la batalla contra los filisteos, en la que Israel salió victorioso. Más tarde, Saúl preguntó quién era ese tal David. Abner, el capitán del ejército, comenzó a hablar de David.

Sin embargo, solo leemos que Jonatán, el hijo de Saúl, el príncipe heredero, estaba unido en alma a David. Pero ¿por qué su alma no estaba unida a la de Saúl ni a la de Abner, el capitán del ejército? La respuesta es sencilla, congregación. Ni Saúl ni Abner tenían la vida de Dios en su corazón. Carecían de gracia. Entonces no existe vínculo alguno con el pueblo del Señor. Pero con Jonatán fue diferente. El Señor lo había convertido en un príncipe temeroso de Dios. Cuando Jonatán escuchó el testimonio de David, su alma se unió a la de David. Lo amó como a su propia alma. Es una señal de la verdadera gracia: si ama al Señor, también ama al pueblo de Dios. Ambas cosas van de la mano. Entonces, las preocupaciones, las cargas y las alegrías de los hijos de Dios se convierten en sus propias preocupaciones, cargas y alegrías.

Así era con David y Jonatán. Las almas de esos dos hombres estaban unidas por el amor divino. Eran hijos del mismo Dios y amaban al mismo Dios. Eran hermanos espirituales. Estaban unidos en la verdad. Deseo hablar esta mañana sobre ese amor que une al pueblo de Dios.

Las palabras de nuestro texto proceden de **Jeremías 39:15-18**: *Y había venido palabra de Jehová a Jeremías, estando preso en el patio de la cárcel, diciendo: Ve y habla a Ebed-melec, el etíope, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traigo mis palabras sobre esta ciudad para mal y no para bien; y serán cumplidas en presencia tuya en aquel día. Pero en aquel día yo te libraré, dice Jehová, y no serás entregado en mano de los hombres a quienes tú temes. Porque ciertamente te libraré y no caerás a espada, sino que tu vida te será por despojo, porque tuviste confianza en mí, dice Jehová.*

Esta mañana deseamos hablar sobre Ebed-melec. El tema es: **una promesa maravillosa en tiempos oscuros.**

Hay dos puntos:

1. Un Ebed-melec temeroso.
2. Un Ebed-melec animado.

PRIMER PUNTO

Al hablar, con la ayuda del Señor, sobre Ebed-melec, debemos preguntarnos: ¿quién era él? Leemos sobre él aquí, en el capítulo 39, y encontramos algo más sobre él en el capítulo 38:7 – ‘Y oyendo Ebed-melec, hombre etíope, eunuco que estaba en casa del rey, etc’. Así pues, Ebed-melec era etíope. Eso significa que era negro y un extranjero, que no pertenecía al pueblo de Israel. Además, se le llamaba Ebed-melec, lo que significa “siervo del rey”. Realmente no tenía nombre propio. Era insignificante, no contaba, y no tenía valor. También era un eunuco. Es decir, ya no tenía la capacidad de engendrar hijos. Era un árbol estéril y seco.

Además, era siervo del rey Sedequías. Sedequías era descendiente de la casa real de David. Pero, a diferencia de su famoso antepasado, Sedequías no era fuerte, ni piadoso. Más bien era débil y malvado. Ahora bien, Ebed-Melec era un siervo de Sedequías. Eso no significa que se hubiera incorporado voluntariamente a ese servicio y pudiera abandonarlo cuando quisiera. No se limitó a aceptar un empleo

en el palacio. No, mas bien era un esclavo. Había perdido su libertad. Tenía que servir a Sedequías todos los días de su vida.

Ebed-melec vivía en el palacio de Sedequías en Jerusalén. ¿Qué estaba ocurriendo en Jerusalén? En la corte de Sedequías, así como entre todo el pueblo de Jerusalén, reinaban la inmoralidad, la maldad, el engaño y la envidia. Cualquier maldad que se pudiera imaginar se encontraba en Jerusalén en aquellos días. La religión de aquella época era una religión de la carne, dedicada al culto de los ídolos. Era una religión alejada del único Dios verdadero. Había un verdadero profeta, Jeremías, sí, pero lo habían arrojado a la cisterna para que ya no se oyera su voz.

Congregación, ¿desearían ustedes estar en el lugar de este Ebed-melec? ¡Qué condición tan lamentable la de ser siervo de Sedequías! Como si eso no fuera ya suficientemente desalentador ¿qué era Sedequías? Era vasallo del rey Nabucodonosor. Tuvo que prestar juramento de lealtad a ese rey Nabucodonosor, pero, Sedequías había rebelado contra Nabucodonosor. Así que los caldeos llegaron con su ejército y sitiaron Jerusalén. Por fuera estaba el peligro de la espada; por dentro, el peligro de la pestilencia y la hambruna. Por todas partes, no había nada deseable en la vida de Sedequías. Era un lugar lleno de maldad. No tenía honor; solo podía esperar la muerte.

Ahora bien, leemos algo sobre Ebed-melec que es muy notable. ¿Qué fue? Lo leo en el capítulo 38. *‘Y dijeron los príncipes al rey: Muera ahora este hombre, porque de esta manera hace desmayar las manos de los hombres de guerra que han quedado en esta ciudad y las manos de todo el pueblo, hablándoles tales palabras; porque este hombre no busca la paz de este pueblo, sino el mal. Y dijo el rey Sedequías: Helo ahí, en vuestras manos está; pues el rey no podrá nada contra vosotros’.* (Jer. 38:4-5)

Los príncipes odiaban a Jeremías. No les complacía escuchar la predicación del siervo de Dios. Estaban hartos de sus advertencias. No querían oír que tenían que arrepentirse de su maldad, no querían oír que el Señor había llegado con Sus juicios, no querían oír que eran culpables y que ellos mismos habían provocado el juicio. Entonces dicen, “los hombres de guerra se debilitan y se desaniman, tenemos que deshacernos de Jeremías”. Los príncipes tenían tal poder sobre Sedequías. Y Sedequías carecía de firmeza y respondió: “No tengo fuerzas. ¿Qué puedo hacer?”

Congregación, observe la maldad de estos príncipes. Jeremías ya se encontraba en el patio de la prisión; no lo sacaron para matarlo rápidamente, no, sino que lo arrojaron a un foso. *‘Entonces tomaron ellos a Jeremías y lo echaron en la*

cisterna...y en la cisterna no había agua, sino cieno; y se hundió Jeremías en el cieno’. (Jer 38:6) Jeremías no podía escapar de ninguna manera de aquella cisterna y se hundió en el cieno. ¡Oh, la crueldad y la maldad de aquellos príncipes! Jeremías se hundía cada vez más; tras una terrible lucha, acabaría ahogándose hasta morir. Ese era su malicioso placer. Querían deshacerse del siervo del Señor.

Congregación, Ebed-Melec se entera de ello. Acude ante el rey. No tenía nombre, ni importancia ni poder en el palacio del rey. Era un esclavo ordinario, un hombre de piel negra. Y Ebed-melec le dice al rey, *‘Mi señor el rey, mal hicieron estos hombres en todo lo que han hecho con Jeremías, el profeta, al cual echaron en la cisterna; porque allí se morirá de hambre, pues no hay más pan en la ciudad’.* (Jer 38:9) En otras palabras, le dice al rey: “Aunque no muera en el foso, morirá de hambre. ¿Por qué tiene que ser una muerte tan cruel para Jeremías?”

‘Entonces mandó el rey a Ebed-melec, el etíope, diciendo: Toma contigo treinta hombres de aquí y haz sacar a Jeremías, el profeta, de la cisterna antes que muera’. (Jer 38:10). Ebed-melec lo hace de inmediato. Se necesitaban treinta hombres. Pueden imaginarse hasta qué profundidad se había hundido ya Jeremías en el foso. Entonces Ebed-melec toma unos trapos viejos y se los lanza a Jeremías para que este se los coloque bajo los brazos. A continuación, con cuerdas, sacan a Jeremías del cieno. Aún tiene que permanecer en el patio de la prisión, pero al menos se le ha salvado la vida.

Congregación, nos gustaría preguntarle a Ebed-melec: “¿Cómo te atreviste a acudir ante el rey Sedequías a salvar la vida de Jeremías? ¡No obtenías ningún beneficio de ello! La ira de los príncipes de Israel no conocerá límites. Querrán vengarse de ti. Ebed-melec, tú sabes muy bien que el rey Sedequías no tiene el valor para defenderte. ¿Qué será de ti?”

Si nos hacemos esa pregunta, congregación, solo hay una respuesta que explique por qué hizo esto por Jeremías. Fue por amor. En su corazón había un amor sincero hacia este siervo del Señor. Aunque su propia vida corría ahora peligro, Ebed-Melec solo tenía un deseo: intentar salvar a Jeremías.

El ejemplo de Ebed-Melec fue una vergüenza para los propios compatriotas de Jeremías. No hubo ni un solo israelita que se hubiera acercado a Jeremías y le hubiera dicho, “Rey, no podemos hacerle eso a un profeta del Señor”. De hecho, la mayoría de la gente de Jerusalén se mostraba indiferente hacia Jeremías. Incluso se alegraban de que Jeremías estuviera en la cisterna. No querían escuchar la predicación severa. No querían que se les recordaran sus pecados. Eran, por

naturaleza, igual que usted y yo - ‘*No nos profeticéis lo recto, decidnos halagos, profetizad mentiras*’. (Is. 30:10). No queremos que se nos diga que no estamos convertidos. No nos gusta oír que, si no nos arrepentimos, el Señor nos arrojará con justicia al infierno. Queremos comer, beber y divertirnos. Queremos una religión más fácil. Queremos una religión en la que todos vayan al cielo y, mientras tanto, yo pueda vivir como quiera aquí en el mundo.

Querida congregación, qué vergüenza para los compatriotas de Jeremías. Este Ebed-melec amaba a Jeremías más que nadie. Cuando Ebed-melec se enteró de lo que le había sucedido a Jeremías, no se limitó a expresar unos simples deseos piadosos. No dijo, “No fue muy amable por parte de los príncipes”. No dijo, “Qué lástima por Jeremías”. No dijo, “Ojalá nunca hubiera ocurrido”, para luego dejarlo pasar. ¡No! No podía dejarlo suceder. Entonces tengo que preguntarle, “¿Cómo está la cosa en su vida y en la mía en lo que respecta al amor hacia los hijos de Dios? ¿Cómo está el amor hacia Dios mismo? ¿Qué hay de su amor hacia los verdaderos siervos de Dios? ¿No le gustan las advertencias? ¿Está cansado de las amonestaciones? ¿Prefiere seguir con una vida impía y acudir a la iglesia los domingos?” Examinémonos ante Dios. Comparemos nuestra vida con la de Ebed-melec.

Ebed-melec era etíope. ¿Cómo llegó a Jerusalén? No lo sé. La Biblia no nos lo dice. Pero, puedo decirles *por qué* Ebed-melec llegó a Jerusalén. Para que se cumpliera en él el beneplácito del Señor. Era un vaso elegido desde toda la eternidad. Al Señor le complació mostrar Su amor en Ebed-melec. Entonces, para llevarlo a la conversión, el Señor lleva la Palabra al hombre o al hombre a Su Palabra. Eso sucederá siempre. El Señor pondrá a Su pueblo elegido en contacto con la Palabra. Para lograrlo, Ebed-melec había sido traído a Jerusalén. Entonces escuchó esa Palabra. Quizá escuchó la predicación de Jeremías; eso es muy posible. Quizá escuchó la predicación de otra persona. Esto sí lo sé: la Palabra fue una bendición para su corazón. Entonces, por primera vez en su vida, Ebed-melec comprendió que hay un único Dios verdadero en el cielo y en la tierra, y que ese Dios es santo, justo y glorioso. Es poderoso, bondadoso y paciente.

A través de la predicación, Ebed-melec comprendió quién era él mismo. Era negro. No nos referimos al color de su piel, pues eso no supone ninguna diferencia ante el Señor. Aprendió que era negro en su interior. ¿Han aprendido ustedes eso también, amigos míos? Ebed-melec aprendió que era negro por el pecado; era una corrupción repugnante en su interior. Aprendió que sus pecados y su culpa lo hacían abominable ante el Señor.

Ebed-melec descubrió que era eunuco. No me refiero en sentido literal, sino espiritual. No podía dar ningún fruto que fuera agradable a Dios. Nunca podría hacer nada en lo que el Señor pudiera deleitarse. Era un árbol estéril. Era infructuoso.

Entonces comenzó a darse cuenta de que echaba de menos la comunión con Dios. Tenía que servir al rey Sedequías en medio de todo tipo de maldad. Estaba rodeado de pecado. Empezó a dolerle el corazón cuando oía las burlas contra Dios, cuando veía la idolatría, la inmoralidad y los pecados de la nación. Ebed-melec no se consideraba superior a esa gente. No. Era peor que los demás, tan indigno y pecador. El Señor le mostró lo que habitaba en su propio corazón, pero, sabía que Dios merecía ser honrado y amado.

Congregación, ¿han aprendido ya ustedes esas mismas lecciones? ¿Qué dijo Pablo? *‘Ajenos a la ciudadanía de Israel y extranjeros a los pactos de la promesa, sin tener esperanza, y sin Dios en el mundo’*. (Ef. 2:12) Cuando se nos abren los ojos por primera vez, eso se convierte en motivo de dolor para nosotros. Entonces veo que camino por mi cuenta y que no puedo morir tal y como nací. Entonces veo que, desde mi nacimiento, día tras día no hago más que aumentar mi culpa. Entonces comprendo que soy negro y estéril. Soy un forastero y no pertenezco al pueblo bendito de Dios. No soy más que un pecador impío y, además, habito en medio del pecado.

Congregación, ¿no vemos que el día de domingo está profanado? Cuántas veces se toma en vano el nombre de Dios. Vemos que el mundo se desliza hacia la maldad. Inmoralidad, divorcios, adulterio, aborto y todo lo que se le ocurra. Es espantoso en nuestra época. Ebed-Melec vivía en un entorno perverso, al igual que nosotros. Eso es lo peor, porque puedo encontrar todos esos pecados dentro de mí mismo. Entonces ya no me atrevo a hablar tan alto porque la vergüenza me cubre el rostro y me golpeo el pecho con el publicano. Entonces empiezo a decir: “Oh Dios, ten misericordia de mí”. Entonces siento amor por los siervos de Dios. No porque sean personas tan agradables, sino porque traen el mensaje del Dios vivo, y, deseo escuchar el mensaje de la verdad de Dios tal y como es en Cristo Jesús. Si el Señor ha comenzado a obrar en su vida, existirá un amor hacia Dios, hacia Sus mandamientos, hacia Su pueblo y Sus instituciones, y también hacia Sus siervos.

Congregación, Ebed-melec es un ejemplo. ¿Cómo se refleja eso en su vida? “Oh,” dirán ustedes: “Dice todo esto sobre Ebed-melec, pero ¿dónde se puede leer eso? ¿No es algo que simplemente se inventa?” Lo leo aquí, en el versículo 18 - *‘porque tuviste confianza en Mí, dice Jehová’*. Así, en el momento en que el Señor le dio un

corazón nuevo, el Señor sembró en su vida esa confianza y esa verdadera fe salvadora. Entonces comenzó a darse cuenta de que todo lo demás en lo que había confiado antes carecía de valor. No tenía valor para la eternidad. Solo había una cosa que importaba y esa era el Dios de Israel. Había sido atraído por cuerdas de amor. Entonces, por gracia, Ebed-melec aprendió a refugiarse bajo la sombra de Sus alas. Recibió el deseo de servir al Dios de Israel. Podemos creer con certeza que se convirtió en prosélito. Eso significa que pasó a formar parte de la religión judía.

Sin embargo, no podía adentrarse en el templo, porque era prosélito. No obstante, se le permitía acceder al atrio de los gentiles, el atrio exterior. Pero entonces, a lo lejos, pudo ver el altar de bronce de los holocaustos. Vio cómo se elevaba el humo. Eso era señal de que se había sacrificado un cordero, de que la sangre había fluido y de que el sacrificio se ofrecía a Dios. Aquello fue para él un testimonio de que la reconciliación se había logrado. Ahora, por la fe, podía creer que también era para él. *‘Porque tuviste confianza en Mí’.*

Antes de continuar, cantaremos el Salterio 71:1, 2.

Les pregunto de nuevo, “¿Cómo es esto en su vida? ¿Han aprendido lo que aprendió Ebed-melec? ¿No solo a permanecer fuera, sino que el Señor también les ha concedido una verdadera fe salvadora? ¿Se le han abierto los ojos a ese sacrificio? ¿Se han dirigido los anhelos de su corazón hacia ese Mediador?” En ese caso, sin duda ha recibido la porción bendita y, no puede ser de otra manera: esa elección se manifestará en su vida. No permanecerá oculta. Tarde o temprano se le abrirá la boca y tendrá que hablar. Ebed-melec lo dejó claro. Tuvo que intentar liberar a Jeremías de la cisterna, sin importarle el peligro ni la hostilidad. Ese amor no podía permanecer oculto. Jeremías fue liberado gracias a ese amor de Ebed-melec.

¿Sabe entonces lo que le sucedió a Ebed-melec? Lo mismo que le sucede a todo el pueblo de Dios. Su fe dejó de estar en acción. Comenzó a temer y a dudar. El enemigo comenzó a acosarle. La malvada incredulidad comenzó a razonar en su interior. Entonces faltó la acción de la fe. La fe estaba ahí, pero no estaba en acción. Ebed-melec empezó a temer a los príncipes. Si se enteraran de que había salvado a Jeremías, se enfadarían tanto. Diríamos, “Ebed-melec, te arrojarán al mismo foso y morirás, y no puedes esperar ninguna misericordia de ellos.”

También temía al pueblo llano. Si se enteraran de que había rescatado a Jeremías, también intentarían matarlo. Si de algún modo lograra escapar de los príncipes y del pueblo llano, los caldeos rodeaban la ciudad. Además, Ebed-melec era siervo de Sedequías, el rebelde. No podía esperar misericordia de los caldeos. Así razonaba Ebed-melec.

Congregación, así es como sucede en la vida de ese pueblo de Dios. Una vez que el diablo se apodera de ellos, comienzan a razonar, a temer y a dudar. Todo lo que antes tenían se les escapa. Entonces la fe deja de ser un ejercicio y carecen de valor. Sienten que perecerán. ¿Les suenan algo esos temores? Padres, ¿conocen ese temor por sus hijos? Aquella época perversa de Sedequías, en la que vivió Ebed-melec, es también la época perversa de nuestros días, ¿no es así? Ya he mencionado los pecados peligrosos. Estamos rodeados de ellos y la maldad de nuestro corazón lo desea. Así que pronto nos desviamos y nos conformamos al mundo. Nos dejamos llevar por la maldad antes de darnos cuenta.

También hay tanta religión falsa. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la verdad ya no esté entre nosotros? Entonces solo será una verdad a medias, se omitirá una parte. Ya no habrá reverencia por Dios ni por Su Palabra. Pronto el hombre se enorgullecerá de sus obras y de su religión. ¿Nunca temen que falten los oficios en la iglesia? ¿Y que los siervos de Dios no se atrevan, o, tal vez, no deseen amonestar los pecados del pueblo? ¿Acaso no vivimos en tiempos peligrosos? ¿Cuánto tardaríamos en caer en manos de falsos maestros? Entonces, antes de que se den cuenta, toda la iglesia se habrá convertido, pero serán conversiones de las que el Señor no sabe nada. ¿Quién hay que discierna el peligro? ¿Quién teme a causa de ello? ¿Quién hay que se presente ante Dios luchando contra todos estos peligros?

SEGUNDO PUNTO

En aquel momento oscuro y desalentador, Ebed-melec recibió una promesa maravillosa. El propio Señor le animó. *‘Y había venido palabra de Jehová a Jeremías, estando preso en el patio de la cárcel, diciendo: Ve y habla a Ebed-melec, el etíope, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel’.* (Jer. 39:15-16) El Dios de Israel, inmutable y siempre fiel, tiene un mensaje para Ebed-melec. Este tiene dudas y temores. Se encuentra muy desanimado. Ha llegado el momento de que el Señor le levante el ánimo. Muchas veces Jeremías trajo las advertencias del Señor a Israel. Para los hijos de Israel, el tiempo de la gracia está a punto de llegar a su fin, pero, para Ebed-melec hay una palabra de ánimo.

‘Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traigo mis palabras sobre esta ciudad para mal y no para bien; y serán cumplidas en presencia tuya en aquel día’. (Jer. 39:16) ¿Lo oyes, Ebed-melec? *‘En presencia tuya’.* En otras palabras, lo verás suceder. Los juicios del Señor se acercan. Llegará un momento en el que los hijos de Dios ya no podrán evitar los juicios mediante la oración. Cuando los juicios lleguen a la tierra, el pueblo de Dios adorará al Señor de los juicios. ¡Ay de la tierra cuando se llegue a ese punto! ¡Ay de la iglesia cuando eso ocurra! Pero Sion se regocijará, el Señor será adorado.

“Ebed-melec”, dice el Señor, *“los juicios serán cumplidas en presencia tuya, pero en aquel día yo te libraré.”* Eso es un aliento para Ebed-melec. Los príncipes de Israel no lo destruirán. El pueblo llano no lo matará. No morirá por hambre, o pestilencia, pero, en aquel tiempo, estará protegido bajo la sombra de las alas del Altísimo, incluso en medio de los juicios.

¿Se dan cuenta de cómo Dios cuida de Sus propios hijos? El Señor, en Su misericordia, los guarda incluso en medio de los juicios. Que se observen los designios del Señor. Que nos sintamos celosos de los hijos del Señor, congregación.

‘En aquel día yo te libraré, dice Jehová, y no serás entregado en mano de los hombres a quienes tú temes’. Ahora el Señor habla de forma aún más cercana. ¡Qué personal es esto para Ebed-melec! Si Ebed-melec hubiera oído que el Señor protegería a Su siervo Jeremías en aquel día, habría dicho, “Así es, Señor, ese es Tu hijo”. Ebed-melec se habría postrado ante ello como un forastero indigno. Pero ahora, la gran maravilla: *‘Yo te libraré’.* Congregación, la liberación personal es necesaria. Salmo 35:3 – *‘Di a mi alma: Yo soy tu salvación’.* Amigos míos, nunca, nunca descansen hasta que el Señor les permita descansar en Él. No descansen hasta que el Señor le dirija una palabra a su corazón. Eso es absolutamente indispensable.

Pero eso también es un estímulo para ustedes, congregación. ¿A quién le habló el Señor? A un etíope, a un eunuco negro, a Ebed-melec, que no gozaba de honor ante el mundo, que no contaba para nada, y que era indigno. Esa es la misericordia soberana del Señor. Él le dice a Ebed-melec, *“Yo te libraré”.* ¿Hay alguien aquí esta mañana que diga, “Yo soy ese indigno, no merezco nada del Señor, salvo ser rechazado? Soy infructuoso y un forastero.” La misericordia soberana del Señor no encontró ningún motivo en Ebed-Melec y tampoco lo encuentra en ti. Todo lo que proviene del hombre queda excluido. El Señor, en Su misericordia, saca los motivos de sí mismo. Ahí está el fundamento: *‘Tendré misericordia del que tendré misericordia...y al que quiere, endurece’.* (Rom. 9) Zedequías era rey, pero ¿de qué

le sirvió eso en el juicio? Ebed-melec era un forastero insignificante y sin valor, pero eso no le perjudicó en el juicio. El Señor había puesto Su amor en él. ¡Qué maravilla es eso para él, congregación!

El Señor dice más - *‘Ciertamente te libraré y no caerás a espada, sino que tu vida te será por despojo’*. (Jer. 39:18) “Tan cierto como que he librado a Noé en el arca, tan cierto como que he librado a Lot de Sodoma, Ebed-melec, así de cierto te libraré de las manos de los hombres que buscan tu vida. Tu vida te será entregada como botín.” Un botín es algo que se obtiene tras una dura lucha. Ahora bien, habrá contiendas y aflicciones. Pueblo del Señor, deben entrar en el reino de los cielos a través de muchas tribulaciones. Habrá momentos en los que pensarán que las inundaciones les sobrepasarán, que el fuego les quemará y que los enemigos los matarán. La lucha será grande y los enemigos implacables, pero *‘ciertamente te libraré y no caerás a espada, sino que tu vida te será por despojo, porque tuviste confianza en Mí, dice Jehová’*. (Jer. 39:18)

No, eso no significa que Ebed-melec se salvara por causa de su fe, ni que fuera liberado por haber confiado tanto en el Señor. El Señor le recuerda a Ebed-melec la fe que había *recibido* al comienzo de su vida espiritual. El Señor quiere romper las ataduras de la incredulidad. Él dice, “Porque has dado a Mis santos un vaso de agua fría, Yo le recompensaré por gracia. Has puesto tu confianza en Mí”. La causa meritoria de la salvación no reside en el hombre. Reside únicamente en Cristo Jesús, quien no recibió Su vida como un botín. No, fue asesinado por los enemigos, y voluntariamente se entregó en manos de hombres malvados. Allí fue crucificado en el Gólgota. Allí entregó Su propia vida como rescate, para que, a ti, Ebed-melec, se le conceda la vida como un botín. Tu vida será preservada.

Congregación, como dije al principio esta mañana: ¿sienten envidia de Ebed-melec? Si somos sinceros, no querríamos cambiarnos por él. Pero congregación, al final del capítulo, ¿no acabó todo bien para Ebed-melec? Esa es una porción bendita, que deben desear para su propio corazón. Busquen la porción de Ebed-melec. Pidan al Señor que les muestre quiénes son. Pidan al Señor que los salve en todas sus tribulaciones. Pidan al Señor que les conceda la vida como un botín, por Su misericordia soberana. Sin duda, así como el Señor lo ha hecho por Ebed-melec, puede hacerlo por ustedes. Nosotros nunca habríamos elegido a ese hombre, pero el Señor lo eligió. El Señor pone Su deleite en los marginados del mundo, los Ebed-melecs.

Padres, pidan por sus propios hijos, para que reciban la porción de Ebed-melec. Pídanlo cuando sean pequeños y no puedan orar, cuando sean mayores. Pídanlo

también cuando ya se hayan ido de casa, incluso por aquellos que se han alejado de la verdad. Nadie había orado por él antes de aquel momento. Nadie se fijaba en él. Pero yo conozco a Alguien que oró por él. Está sentado a la diestra del Padre. Que nosotros y nuestros hijos seamos incluidos en Su bendita intercesión. El Señor siempre Le escucha. Amigos, supliquen por esa porción. El mundo no tiene valor, pero la porción del Señor es todo lo que necesitamos para este tiempo y para la eternidad.

Por último, si hay algún Ebed-melec aquí esta mañana, entonces te preguntarás cómo debe transcurrir tu vida. A veces, con un poco de valor y fuerza, pero, muchas veces a través de tinieblas y dudas. Con frecuencia te preguntas cómo acabará todo para ti. No sabemos cómo terminó para Ebed-melec. Pero esto sí lo sé: al final, él recibió la vida como botín. Eso es lo que cuenta y eso es lo que sin duda les sucederá a todos los Ebed-melecs que viven en nuestros días. Porque la Palabra del Señor es siempre fiel y verdadera.

Amén.